

EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 43.—21 Octubre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Napoleon y la comedia francesa en Santa Elena, por don Antonio Vinageras (conclusion.)
—Delirio (poesia), por don Ramon Real de Mendoza.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto (continuacion.)—Predestinacion (balada), por don Javier de Palacio.—Elfride (continuacion.)—El laceador.—La estatua de doña Inés, por F. (conclusion.)—Fuentes de Lavapies y de la Alcachofa.—El ambicioso por amor (continuacion.)—Su nombre (poesia), por don Enrique Hernandez.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento IX.)—Teatro de Variedades.

LÁMINAS. Descanso del pescador.—Arco de la Estrella en los Campos Eliseos de París.—Fuente de Lavapies.—Idem de la Alcachofa.—Catarata de Felou.

NAPOLEON

Y LA COMEDIA FRANCESA EN SANTA ELENA.

(Conclusion.)

«Eran mis actores sujetos de distinguido mérito: jamás el Teatro francés había ostentado reunion de talentos tan diversos y completos. Fleury era inimitable en las comedias de carácter, y nadie mejor que él sabía llevar el trage francés: representaba sobre todo con una perfeccion admirable el *Glorieux*, *Moncade le Joueur* y todos los marqueses del gran repertorio: parecia haber vivido en medio de los cortesanos de *l'œil de bœuf*. Debo advertir de paso que Molière y Fleury son los únicos que me han impedido restablecer el título de marqueses en mi nueva nobleza. Molière por el ridículo de que cubrió á estos señoritos: Fleury por la manera admirablemente pedantesca de retratarlos. Michot tenia gran naturalidad en los papeles de aldeano: Michot, entrambos Bautista, Devigny en lo secundario de la comedia, Thenard, Dugazon, Castigny estaban llenos de inteligencia y de agudeza si hacian de criados.

En cuanto á las actrices todas eran distinguidas y bellas, tanto por las gracias de la persona como por un talento notabilísimo. El nombre de Duchesnois en la tragedia y de Mars en la comedia, vivirá tanto como la escena francesa. Tambien mi teatro tenia sus héroes y sus dias de victoria. «Daba yo ocasion á todos» (prosiguió el Emperador, que experimentaba un cierto placer en estenderse sobre tal especialidad artística de su reinado), «para lucir con vivo brillo.» Los hice ir á Erfurth en 1807 y á Dresde en 1812, para dar representaciones delante de mis coronados huéspedes. Habia yo dicho á Talma: «Declamareis delante de un público de reyes» y no le engañé: los príncipes que asistieron á esta representacion no fueron pocos: en 1807 seis Reyes y dos Emperadores: Alejandro y yo. Escudieronse mis actores: Talma aunque algo comovido ante el espectáculo de una reunion tan magnífica, se elevó en *Andromaque*, en *OEdipe*, en *Manlius* y en *Horace*. Fleury sostuvo igualmente en la alta comedia el honor de la escena francesa, y ambos fueron perfectamente secundados por las señoras Duchesnois y Mars. Sin embargo, á Talma y á Mars cupo la mayor parte de las señales de universal admiracion. No temo decir que los regalos que recibieron el uno y la otra fueron magníficos. Alejandro tan solo, dió á la señorita Mars un río por decirlo así de diamantes, que debía valer por lo menos cuarenta mil francos. En cuanto á mí, obsequié á mis artistas con generosidad, é hice dar á cada uno además de los gastos de viaje gratificaciones proporcionadas á sus talentos. La señorita Mars recibió cerca de 8,000 francos, y Talma 12,000. Para tan eminentes artistas, el verdadero beneficio era el haber arrancado lágrimas y risas á cuanto la Europa poseia entre gentes escogidas. La permanencia en Erfurth dió á los extranjeros una nueva prueba de nuestra superioridad en todo: era una batalla que habíamos ganado en plena paz.

«Mucho me ha gustado siempre el teatro: (continuó Napoleon). No dependia de mí el hacer que naciera un Cor-



Descanso del pescador.

neille ó un Molière; pero protegía yo á los autores que intentaban seguir sus huellas. Desembaracé la escena francesa de todas las inmundicias revolucionarias que nuestras disensiones civiles habian agrupado en ella. Verdaderamente hay distancia entre obras tales como *Le Moderé*, *Charles IX*, *La Perruque blonde* (1) y otras necedades trágicas y cómicas, representadas bajo la república y *Les Templiers*, *Hector* y *Les deux Gendres* (2), bajo mi reinado. La diferencia es enorme. El buen gusto en las obras renacia con lo decente de las costumbres y la urbanidad de las relaciones sociales. Autores y actores estaban animados por mí. Di asiento á los primeros en el Instituto, y empleos que no eran sino canongías: á los segundos concedí estímulos que reducianse á dinero y consideraciones.»

«En mi época todos los actores fueron muy solicitados y distinguidos mientras fueron honrados y de buenas maneras; y no les atacaban las preocupaciones públicas, sino cuando sus costumbres no estaban á nivel de sus talentos.

Mucho hice en pró del Teatro francés: si hubiese reinado mas, mas hubiera hecho y conseguido, pues nada me hubiese costado tal propósito. Tenia yo una gran voluntad y gran poder. El arte dramático me ha ocupado hasta en las peripecias mas críticas de mi vida, puesto que en Moscow he pensado en el Teatro francés.

Mi decreto fechado en el Kremlin, es una verdadera carta que sabía y acertadamente interpretada, debe asegurar para siempre la prosperidad de la comedia francesa: pero tal vez hubiera sido preciso que por mi mismo aplicase á ello las distintas disposiciones y en tiempos de calma. Si

(1) *Le Moderé* era del actor Dugazon, *Charles IX*, de Cheuser, y *La Perruque blonde*, de Picard. Napoleon, no siendo todavía sino cónsul prohibió la representacion de estas tres obras.

(2) *Hector* era de Lamival, profesor de retórica en el Liceo imperial, *Les Templiers*, de Mr. Raynouard: *Les deux Gendres*, de Mr. Etienne, antiguo redactor en jefe del *Constitutionnel*.

manos hábiles se apoderan de ese documento, las cosas irán bien: mas si la medianía quiere hacer de él un arma ofensiva ó defensiva, convengo en ello, será mas nocivo que útil.»

Napoleon recorrió así, con indecible abandono todas las cuerdas del arpa de su maravillosa existencia. Con aquella increíble facilidad de elocucion que poseia, con aquella sorprendente abundancia de ideas de que estaba dotado, sobre todo con mucha prodigalidad de imágenes y expresiones pintorescas, sabía recordar para sí y sus auditores un pasado ¡ay! ya bien remoto, y los huéspedes de Longwood al escuchar estos discursos abrigados, creíanse aun en las Tullerías. Sin embargo, estaban á tres mil leguas de todo esto: estaban en Santa Elena.

En uno de aquellos hermosos dias que brillaban á veces en medio del destierro, el 20 de marzo de 1820, aniversario del nacimiento del rey de Roma, á Napoleon que habia reunido en torno suyo el pequeño número de amigos que le concediera la *filantropía británica*, oyósele decir en medio de una conversacion familiar en la que reinaba una hilaridad mezclada de melancolía, con motivo de tan famoso aniversario:

«Amigos: es preciso que terminemos dignamente el día. Vamos al *Teatro francés* y hagamos representar ante nosotros la grande obra de Molière y de la escena francesa: *El Misántropo*! Yo haré el papel de *Alceste*: os lo advierto; en cuanto á los demás, me contentaré con leerlos; pero en cuanto á este bello tipo humano, á esta robusta y noble naturaleza que el poeta cómico ha bautizado con el nombre de *Alceste*, trataré de hacerlo lo mejor posible porque es para mí el bello ideal del corazón humano.»

Marchand, primer ayuda de cámara, fué por orden del Emperador á buscar en la biblioteca de S. M. el volumen de Molière que contenia la citada comedia, y habiéndose cada uno dispuesto á oírla, Napoleon empezó su lectura.

Era singular ver al hombre, no ha mucho colocado en la cima de las grandezas humanas, á este Emperador árbitro supremo

de veinte naciones, este capitán único en los anales del mundo, leer ante un pequeño círculo de amigos fieles á su fortuna, una comedia del príncipe de los poetas cómicos, y esto sobre una roca perdida entre las aguas del Atlántico!

Toda oídos, toda ojos, era la reunion. El Emperador tenia á cada uno sus enso por el encanto de su voz sonora y acentuada, voz que hacia resaltar toda la belleza del poeta. De vez en cuando lisongero y discreto, haciendo hablar á *Celimene*, franco y atrevido interpretando á *Alceste*, dulce y elegante haciendo razonar á *Philinte*, Napoleon penetraba el alma de sus oyentes con los nobles pensamientos del ilustre Molière. Ningún color, trazo alguno de estos diversos caracteres se oscurecia para el Soberano, ninguno que hiciese valer versos tan sencillos tan concisos y tan sinceros. Sobre todo, fué en la admirable escena del quinto acto entre *Philinte* y *Alceste*, cuando este dice:

Quoi! contre ma patrie on viole tout à la fois?
L'honneur, la probité, la pudeur et les lois?
On publie en tous lieux, l'équité de ma cause
Sur la foi de mon droit mon âme se repose.
Cependant je me vois trompé par le succès
J'ai pour moi la justice et je perds mon procès?
Un traître dont on fait la scandaleuse histoire
Est sorti triomphant d'une fausseté noire!
Toute la bonne foi cède à sa trahison:
Il trouve en m'engorgeant le droit d'avoir raison
Le poids de sa grimace où brille l'artifice
Renverse le bon droit; la raison, la justice,
Il fait par un arrêt couronner son forfait.

Al notar la verbosidad, la cáustica ironía que empleó Napoleon en este trozo capital, el auditorio pensó con razon que el augusto cautivo, formulando la indignacion de *Alceste*, se colocaba en el lugar del personaje de la comedia, y anatematizaba los cobardes enemigos, los tenebrosos adversarios que habian vendido á la Inglaterra su gloria y la de la Francia.

La obra de Molière fué toda ella leída por Napoleon y oída con atención religiosa. Terminada la lectura, el Emperador que no parecía estar fatigado, puso el libro sobre una mesa, y dijo con una especie de exaltación:

—«¿Qué hombre Molière! ¡y qué admirable obra el *Misántropo*! No me admiro de que el duque de Montansier, el cual (decíase) que estaba retratado en la figura de *Alceste*, exclamara: «¡Ojalá me pareciese á él.»—En efecto: ¡nada mas digno, mas decente y mas noble! Es *Alceste* la virtud, la franqueza, encarnado todo ello en él; ¡y ved cuánto poder en el genio de Molière! Lo que hubiera perdido prestigio en el carácter de *Alceste*, lo eleva en la comedia. Molière quiso hacer el *Misántropo* enamorado, y lo hizo: en esto creaba Molière un obstáculo para quien no hubiera sido él mismo; y triunfó.

«*Alceste* es enamorado: el *Misántropo* es galante, pero no como el vulgo de los hombres. Este sabor de probidad y de honor se esparce hasta sobre su debilidad: ama á una coqueta; pero se le perdona amor tan vivo por un ídolo tan bajo, en gracia á la elevación de sus sentimientos. Desde luego nótese que *Alceste*, amando á *Celimene*, no hace sino pagar un tributo á la humanidad: su alma se le aparta, digámoslo así, y enardecese mas contra la maldad humana, contra los falsos amigos y los jueces prevaricadores, que contra los defectos y errores de su querida, de la cual conoce há tiempo la fragilidad, y que no maldice, porque la verdadera fuerza moral tiene mas compasión á la debilidad que desprecio. El *Misántropo* es admirable de un extremo á otro, y no vacilo en decirlo—continuó Napoleon, quien parecía haberse identificado con el escritor,—que esta obra es la grande producción del espíritu humano. Molière lo ha abrazado todo; todo lo ha comprendido: ha pintado en su *Misántropo*, desde la coqueta hasta la virtuosa, desde el hombre honesto hasta el fátuo y adulador. Tan cierto es lo que indico, que los autores dramáticos que han venido despues que Molière, han aprovechado los personajes de sus comedias para hacerlos héroes de sus obras. Algunos de dichos escritores han querido establecer un paralelo entre *Tartuffe* y el *Misántropo*, y la mayor parte han concedido la preferencia á la primera, sin que por eso hayan dejado de mirar al *Misántropo* como una obra de altos fines.»

Yo he examinado maduramente los diversos méritos de ambas grandes obras, y no temo decir, que aparte la cuestión moral, prefiero el *Misántropo* al *Tartuffe*.

Despues de algunos momentos de silencio, Napoleon añadió:

—«Ciertamente, el carácter de *Tartuffe* está trazado por mano maestra.—Pero es tal la índole de la obra, que no me extraña que su aparición fuera objeto de negociaciones en Versailles y de mucha incertidumbre por parte de Luis XIV para permitir su representación. Me admira la pusieran en escena: á mi juicio, presenta la devoción bajo tan odiosos colores; sobre todo, una escena ofrece una situación tan peligrosa, que no vacilo en decir, que si la obra hubiera sido hecha en mi tiempo... tal vez no habria permitido su ejecución.»

Y como el auditorio quedó estupefacto, el Emperador replicó:

«¿Os admira esta confesion? ¿Me creéis mas despota ó mas piadoso que Luis XIV: ¿no es cierto? Pero el despotismo y la piedad en el jefe de una nacion como la Francia son respetables, siempre que se ejercen para el bien general. Ahora bien: para que un pueblo sea verdaderamente dichoso y libre, le es indispensable una creencia cualquiera: que sea protestante, católica, judía, si queréis conservar á la nacion su indivisibilidad: su fuerza y su gloria! No repudia un Estado impunemente sus tradiciones; y cuando las descuida, ó las desprecia ó está próximo á su ruina.»

Era tarde: Napoleon fijando sus miradas en el reloj notó que la grande aguja señalaba la media noche.

—Las doce: (exclamó) ¡Cómo pasa el tiempo cuando se lee á Molière!

—Y cuando es comentado por Vuestra Magestad;—(dijo uno de los asistentes.)

—La comedia ha bastado para las distracciones de la noche; (replicó el Emperador) y alguna parte me cabe en ellas.

—Eso mismo podemos decir todos:—(continuó aquella voz.)

—Tanto mejor, dijo Napoleon levantándose: bueno es matar el tiempo de un modo agradable. Buenas noches, señores.

Despues acercándose á la Condesa Bertrand que salía del salon, el Emperador tomó su mano llevándola con galantería á sus labios, y dijo alegremente estos versos del *Misántropo* que habia leído pocos momentos antes.

Allez-vous en chez vous et me laissez enfin
Dans ce petit coin sombre avec mon noir chagrin.

La Condesa le respondió en el mismo tono empleando este otro verso de la misma comedia.

Ah! ne plaisantez point: il n'est pas temps de rire.

Y acompañó esta cita con una profunda reverencia.

Napoleon la devolvió su saludo, y apenas habia estrechado la mano del gran mariscal, á quien con su señora acompañó hasta la puerta del salon, cuando se oyó claramente dar las doce en el reloj del gran Federico, colocado en la alcoba de Longwood.

Tal es el curioso trabajo literario del escritor francés Mr. Marco de Saint-Hilaire. Es su obra un episodio no muy conocido de la vida del ilustre guerrero, del gran desterrado, del Prometeo de nuestros tiempos. Molière juzgado por Napoleon, en medio del Atlántico, mudo ya el cañon de Aus-

terlitz y humillado el Imperio por el triunfo de Wellington, es el contraste mas grande y mas elocuente en la historia de los acontecimientos, y en la de los vigorosos títulos intelectuales del grande hombre.—Hemos traducido á Mr. de Saint-Hilaire; pero hemos temido profanar los versos del inmortal Molière: hay ciertos poetas, ciertos séres privilegiados para quienes no hay mas que un solo pero grande traductor: *La Posteridad*.

Madrid 1860.

ANTONIO VINAGERAS.

DELIRIO.

Es en noche silenciosa
por negro capuz velada,
melancólico el misterio
que oprime y agita el alma.

De entre sus pliegues sombríos
se rebullen mil fantasmas
que el delirio nos presenta
con formas confusas, vagas.

Lúgubres ecos se escuchan
de mortuoria campana
cuando el reló de una torre
sus horas breve señala.

Despues el graznido triste
de las aves funerarias,
que á mezclarse vá parece
entre mentidas palabras.

Engañoso ese murmurio
la mente débil alcanza
al pensar en hondo caos
de existencia imaginaria.

El viento acaso mas leve
silbando notas estrañas,
de la torre entre los muros
cual reptil allí se arrastra.

Y asciende por las paredes
y toca ya las murallas
por llegar de las almenas
hasta besar la mas alta.

En supersticioso sueño
la mente así nos prepara
mil espectros y visiones
con la faz desencajada.

Y velados nuestros ojos,
aquellas sombras nos hablan
y en alegre vocerío
lúmnos fúnebres ensayan.

Se agitan y se revuelven
en derredor de su nada,
siempre en confusion y estruendo
que así las visiones danzan.

Luego en dos filas se ordenan
y en procesion se adelantan
cesando su clamoreo
los gritos y la algarazara.

Ya no se empujan, que siguen
su camino, y andan, andan,
por llegar á la caverna
donde tienen su morada.

Pasan primero una selva,
mas allá se ve la entrada
de la mansion del infierno.
dó retumban sus pisadas.

Allí detienen sus pasos
los primeros en la marcha,
en tanto rompe el silencio
una horrible carcajada.

Entonces penetran todos
de la tierra en las entrañas
y en el averno sepultan
su existencia malhadada.

Quimera es triste del hombre
tal vision y farsa tanta,
mas quimera que el delirio
en la noche solitaria
entre confusion le ofrece
para amedrentar el alma.

Sigamos nuestro destino,
que si el sueño nos depara
esas visiones horribles,
hay placer y hay esperanza
en los goces con que el mundo
al despertar nos halaga.

RAMON REAL DE MENDOZA.

LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuacion).

V.

Grandes progresos habia hecho en poco tiempo en la opinion general, y sobre todo entre las damas de la corte, el valor, donosura y discrecion de don Carlos de Sigüenza, llamado por sobrenombre el *huérfano*.

Amado por sus mismos émulo, deseado de las cortesanas y favorecido por el monarca, no podia la maligna envidia tomarle por blanco de sus tiros emponzoñados á pesar de la oscuridad de su nacimiento.

El por su parte sabia hacerse amar y contenia con su cortesania y escogidos modales las hablillas de impuras cortesanas con quienes alguna vez se habia mostrado esquivo, ó de jóvenes baladís á quien habia vencido en algun combate de amor.

Esta era su situacion en el gran mundo cuando se presentó en él la interesante Blanca de Sandoval, arrancando de las sienes de las mas hermosas é ilustres damas de Castilla la corona de rosas y jazmin que debia cubrir las de la mas bella.

El duque de San Roman, sin embargo de su edad madura, concibió por la bella virgen, no una pasion, pues él no conocia la mas grande ni la mas pura de todas; sino un maligno deseo de defraudar las esperanzas de algunas cortesanas que le habian negado sus favores esperando cogerle en los lazos de himeneo.

Nada mas comun en las ideas del duque que desprender del ramillete de escogidas rosas de Castilla, la mas lozana, la mas hermosa y pura, logrando por este medio burlar las pretensiones de infinidad de jóvenes y galantes caballeros que deseaban aspirar sus perfumes; y últimamente tener un vástago que pudiese eternizar, si posible fuese, su nombre.

Pero á pesar de su ilustre apellido, de su posicion y de la fortuna régia que poseía, la juventud, el donaire, y sobre todo la fama caballeresca de su protegido, ó por mejor decir de su educado, aspiró el primer aroma que exhaló en un suspiro de amor la incomparable Blanca.

El duque reconoció lo formidable que era semejante rival, y ocultó sus proyectos para mejor ocasion; pero maquinando en secreto contra los dos amantes, avisó al conde de Sandoval de la inteligencia que reinaba entre su hija y el desconocido huérfano.

Furioso el conde con semejante noticia, la prohibió asomarse á los balcones y hasta bajar á los jardines de su casa.

Blanca se consumia en secreto y apuraba hasta las heces la copa de la amargura, pues era la primera vez que veía contrariados sus deseos.

Su único consuelo era su querida tía que la servia de confidenta y hasta autorizaba y atizaba la llama de su amor con sus deferencias y discursos en favor del huérfano, tanto que llegó á cometer la imprudencia de permitirle entrar clandestinamente en su cámara, donde le permitia hablar con Blanca; y aunque ella presenciaba sus conferencias, no por eso era menos punible su falta, ni hubiera disminuido en nada la temible cólera del conde si hubiese llegado á su noticia.

Carlos, cada dia mas enamorado, no veía en el mundo mas bien ni mas felicidad que Blanca; así es, que sin reflexionar en lo vago de su posicion, en la oscuridad de su nacimiento, y sobre todo sin contar con la voluntad ni aun el consentimiento de sus protectores, se presentó en la casa del nobilísimo conde en demanda de su hija por esposa.

No se puede espresar si fué mayor la indignacion ó el desprecio que sintió el conde al oír al atrevido huérfano, que sin mas timbres que sus protectores ni mas apellido que su espada, tenia la osadía de solicitar la mano de la heredera de la ilustre casa de Sandoval, destinada por su riqueza y hermosura á ceñir sus sienes con la diadema ducal, ó acaso con la corona régia. Así es que sin consideracion al favor que el monarca dispensaba al huérfano y dando expansion á su genio duro y altanero, le llenó de improperios y de sarcasmos acerca de la humildad de su nacimiento y de su familia desconocida, y concluyó diciéndole que cuando presentase un apellido ilustre por sus antiguos blasones, entonces podria contestar á su insolente demanda, y soltando una burlesca carcajada le volvió la espalda con el mayor desprecio, dejándole sumido en un estado de estupor imposible de definir.

Sus ojos querian salirse de sus órbitas, pues le ahogaba la cólera; pero considerando que quien así le insultaba era el padre de la señora de su corazon, salió de aquella casa sin direccion ni objeto.

Entró en su habitacion sin reparar siquiera en su criado Hernan. que apenas vió la mirada de fuego de su señor y el estado de agitacion en que se hallaba, y conociendo que algun grave acontecimiento debia de haberle sucedido, trató de calmarle é indagar la causa de su cólera con las palabras mas dulces, sumisas y cariñosas; pero en vano. Dos dias se pasaron sin que quisiese comunicarse con nadie, y en un estado de marasmo que hizo temer por su salud.

Al tercer dia salió de su habitacion y se dirigió á la del duque. En sus ojos se leía lo que habia padecido durante dos dias, y se echaba de ver en sus miradas un no se qué de resuelto y atrevido que daba que pensar.

El pérfido duque que ya estaba enterado de cuanto le habia pasado con el conde, le recibió con la mayor ternura, fingiendo que lo ignoraba, y le preguntó con el interés de un padre cuál era la causa de su abatimiento.

El huérfano, sin enterarle de su escena con el padre de

su amada, le manifestó que le hacía daño el clima de Madrid y que deseaba viajar por el extranjero; pero que habiendo llegado á su noticia que el emperador proyectaba una expedición contra Túnez, nunca se le podría presentar una ocasión mas propicia para viajar, siendo útil á su patria y á su rey, y concluyó rogándole que solicitase del emperador la gracia de acompañarle en la expedición.

El duque, que hubiera dado la mitad de su fortuna por verle lejos de la corte, para ínterin poder trabajar sin obstáculos en hacerse dueño de la hermosa Blanca, asintió con placer á la solicitud del joven, aunque ponderándole las fatigas y peligros á que iba á esponerse en los ardientes arenales de Africa. Bien sabía el taimado duque, que de este modo avivaría mas los deseos del huérfano, como así sucedió efectivamente, pues además de darle las gracias aquel por su intercesión con el monarca, le dijo que su resolución era inalterable.

El duque consiguió en seguida lo que deseaba su protegido, y lo armó y equipó con la magnificencia de un príncipe.

Poco tiempo tardó en llevarse á efecto la expedición, con grande entusiasmo por parte del huérfano, y con maligno placer por la del duque.

Antes de partir solicitó Carlos una entrevista de su adorada, que le fué concedida por el favor de su tía.

Las contó minuciosamente cuanto le había sucedido con el conde, y la resolución que había tomado de marchar á pelear al lado del emperador, donde lograría morir con gloria ó conquistar un nombre que le pusiese al abrigo de todo ultraje en lo sucesivo, para poder tener el derecho de batirse como caballero en caso de que alguno le insultase.

Se repitieron los dos amantes sus juramentos de amor y se separaron derramando amargas lágrimas, aunque Carlos la prometió que al cumplir los dos años de su partida estaría á sus pies adornado de un nombre conquistado por el filo de su espada.

Apenas el generoso mancebo salió de la Península, no pensó mas que en los laureles con que iba á coronar su frente. Solicitó estar siempre en los puntos de mayor riesgo, y tuvo varias ocasiones de dar á conocer de lo que era capaz su corazón de acero.

Así es que todo el ejército expedicionario admiraba su valor y brillantes disposiciones para la guerra, por lo que le colmaba á porfía de deferencias y consideraciones.

Pero donde llegó á su apogeo la gloria del huérfano, fué en la toma de Túnez, donde tuvo la suerte de salvar la interesante vida del emperador, despreciando el riesgo que para conseguirlo corrió la suya, pues recibió en el pecho una lanzada que á pesar de su cota de fino acero le causó una grave herida.

El monarca agradecido, le dió por tan plausible motivo las tierras y castillo de Sigüenza y el título de marqués de la Lealtad.

Al mismo tiempo que el huérfano se cubría de inmarcesible gloria contra los hijos del falso profeta, el duque de San Roman estaba poniendo los medios de arrebatarse la hermosa que idolatraba y labrar su eterna desgracia.

Para el efecto se presentó al conde de Sandoval y le pidió la mano de Blanca, que el ambicioso conde le otorgó sin titubear, y sin reparar que además de sus depravadas costumbres, conocidas de toda la corte, triplicaba la edad de su hija.

¡Cuántas desgracias suele acarrear en el mundo la obcecación y la torpe avaricia de un padre!... ¡Cuántas veces llevan á sus infelices hijas ante las aras del himeneo, como víctimas destinadas al sacrificio, insultando á la naturaleza y á la santa religión, que quiere que los votos que pronuncian los esposos ante las aras de Jesucristo, sean voluntarios é iguales á los que pronuncian las esposas del Crucificado.

El duque no podía unirse á Blanca sin dar cuenta al emperador y obtener su permiso, el cual solicitó inmediatamente.

No podía imaginarse que pudiese aquel titubear un momento en concedérselo; máxime cuando hasta entonces le había servido siempre mas allá de sus deseos. Por consiguiente, fué mucho mayor su cólera cuando recibió del monarca, no la negativa, pero sí la orden para que suspendiese su himeneo hasta su regreso, que creía ya muy próximo.

Pero no era esta la intención del emperador. Conocía la pasión que había inspirado á su salvador la heredera de Sandoval, había sabido el cruel desaire que le había hecho el conde cuando se presentó á solicitar su mano, y quería compensar sus padecimientos y su adhesión á su real persona llenándole de honores y distinciones, concediéndole la mano de su amada y haciéndole conocer por último á un padre, que si bien le había abandonado cruelmente en su infancia, le había llorado por muerto algunas veces. Estas eran las miras del monarca al negar ó no acceder por primera vez en su vida á una gracia solicitada por su favorito.

Grande fué el disgusto del perdido duque, cuando vió el mal resultado que principiaban á tener sus tan bien calculados proyectos.

Temía, y no sin razón, que si volvía su rival antes de hallarse en posesión de Blanca, sería casi imposible que pudiese ver realizados sus deseos; pero como no le arredraba nada en el mundo, no temió desobedecer la orden del primer monarca del universo, que con un gesto, una sola arruga de su frente hacía temblar á todas las testas coronadas, desde las orillas del Pó hasta los confines de la Germania.

Casualmente secundaba sus proyectos con demasía su futuro suegro el conde de Sandoval, pues como he dicho en otra parte, estaba resentido de la indiferencia con que le trataba el monarca, y ninguna ocasión se le podría presentar con mas oportunidad para darle á conocer su enojo. Así es, que decidieron que se verificase el casamiento en secreto en la quinta, un mes después de haber tomado esta resolución.

Apenas el apasionado marqués se halló completamente

restablecido de su herida, no se apartó de su imaginación el deseo de volver á los brazos de su adorada Blanca.

Unas veces apareciéndosele el porvenir sombrío, veía los obstáculos que podrían presentarse para poder llamar suya á la que causaba sus tormentos, pues sabía hasta donde podía llegar la altanería del conde: otras veces creía que su infeliz señora, pudiera durante su ausencia haber olvidado su amor, ó cedido á las caricias ó amenazas de su padre, para que aceptase por esposo al duque, de cuyos inicuos proyectos estaba informado por el mismo emperador.

Mas cuando cambiaba su imaginación la decoración de sus sueños, veía un hermoso panorama por un prisma de mágico color.

Examinaba su juventud, su gallardía, su envidiada posición en la primera corte del mundo, y el cariño que le profesaba el primero de los monarcas: creía que con tan magnífica perspectiva no podría menos de deslumbrarse la ambición infernal del padre de su amada, y hasta creía que el mismo emperador habría de influir para alcanzarle la mano de Blanca.

Pero á pesar de tan variados y pintorescos delirios de su exaltada fantasía, se fastidiaba cada vez mas, y ni las caricias de sus amigos y aun del emperador, ni el claro y alegre cielo de Italia adonde había pasado después de la toma de Túnez, pudieron dar alivio á su melancolía, la cual estaba seguro de no arrojar de sí, ínterin no pudiese ver y oír á la señora de sus pensamientos.

El emperador conociendo el origen de la enfermedad de su protegido y querido salvador, pues este era el título que le daba continuamente, le concedió permiso para regresar á España, á pesar de que él también iba á partir para Madrid apenas consiguiese una tregua con Francisco I, que estaba encargado de arreglar el Papa Paulo III; pero en vista de la decadencia de salud del huérfano, tuvo á su pesar que dejarle anticiparse á su próxima partida.

La buena estrella del huérfano hizo que llegase á Barcelona unos días antes de espirar el plazo que había señalado el duque para llamarse dueño de la desgraciada Blanca.

A pesar de lo delicado de su salud no quiso descansar ni un solo día en aquella plaza, y seguido de su fiel Hernán, emprendió la marcha precipitadamente para Madrid, adonde llegó siete días después de su salida, pues no dió un momento de reposo á los caballos ni á su debilitado cuerpo.

Después de la partida de Carlos para Túnez, no había tenido la infelice Blanca ninguna noticia de su amante.

Ignoraba el título que había ganado, la gloria de que estaba cubierto y la herida que había recibido; pero esta absoluta falta de noticias del objeto de su idolatría, la eximió de infinitas emociones y padecimientos, pues si hubiera sabido que su amor había sido herido gravemente, tal vez la hubiera costado una enfermedad y acaso la muerte.

Sin embargo de esta carencia de comunicaciones, tan común en aquella época, Blanca pudo saber por su tía Ernestina que su amante había pasado á Italia, y aunque su tía sabía la herida que había recibido, no quiso participárselo á su sobrina por no causarla una violenta emoción.

Llegó por fin la víspera del día en que Blanca había de ofrecerse en holocausto á la inmensa fortuna de San Roman. Toda la familia se hallaba ocupada en hacer los preparativos de viaje para venir á esta quinta, y la hora de la partida estaba señalada para la media noche, pues el conde quería ocultar con sus sombras sus punibles proyectos.

(Se continuará.)

PREDESTINACION.

BALADA.

(IMITACION DEL ALEMAN.)

I.

Tú lloras, tú me miras, y crees que te hace llorar mi desgracia.—Y no sabes, muger, que por tí vierten mis ojos estas lágrimas.

¡Oh! dime, ¿no ha tenido nunca tu corazón una sospecha, un pensamiento súbito que te revelase cómo la voluntad de la suerte nos había destinado el uno para el otro? Vivir unidos debía ser nuestra felicidad: nuestra separación, la muerte.

Estaba escrito en el gran libro del destino, que debíamos amarnos. ¡Tú tenías un lugar en mi pecho! ¡entre mis brazos se hubiera despertado la conciencia de tu ser; y por mis besos, ¡dulce flor! te hubiera arrancado de la inercia del sueño de las plantas!

Mi aliento hubiera encendido en tu alma el fuego de las pasiones: yo te hubiera elevado á la vida suprema, y te hubiera dado un alma!

II.

Ahora que se han aclarado todas las dudas, y cuando la arena ha pasado tranquilamente por el reloj de los tiempos, te dejo, y te marchitas, y mueres antes de haber vivido. ¡No llores! ¡Estaba escrito!

Dios ha querido que te amara; pero al amarte ha sonado la hora de la separación: yo te saludo, aparición divina! y te digo adiós al mismo tiempo!

Nosotros nos separamos hoy, y para siempre. Tu hermosura se marchitará con el polvo del camino de la vida, y te disipará y evaporará en el vacío.

La suerte de los poetas es muy diferente, porque la

muerte no podría matarlos por completo.—El anonadamiento terrestre no nos apaga, y continuamos viviendo en el dominio de la poesía, en la isla encantada de Avalon, el país de las hadas. ¡Adiós para siempre, hermoso cadáver!

JAVIER DE PALACIO.

ELFRIDE (1).

III.

Hacia ya algunos días que Athelwold estaba en la corte y no encontraba medio de obtener un nuevo permiso del rey para volverse al lado de su esposa.

Hábilmente había procurado aprovechar las ocasiones que le deparó su suerte para participar al monarca sus deseos; mas siempre había sido interrumpido con estas ó semejantes palabras:

—Ya nos ocuparemos en eso.

Y el favorito, en la imposibilidad de cumplir la palabra empeñada á su esposa, se encontraba desesperado.

Un día llamó Edgar á sus cortesanos, entre los cuales se hallaba Athelwold, y les significó el deseo de visitar las tierras de Devoushire.

—De esta manera,—concluyó el rey su peroración dirigiéndose al favorito.—Tú, que seguirás también á la corte, puedes, apartándote en lugar oportuno de nuestra compañía, lograr lo que apetece.

Si Athelwold se aprestó sumiso á cumplir esta orden de Edgar, no lo hizo seguramente sin notable disgusto; y eso que realizaba sus mas vehementes deseos; pero era sin duda un presentimiento del corazón el que instintivamente le obligaba á repugnar aquel viaje, del cual auguraba males sin cuento.

Dejemos, lector, que el favorito se entregue á sus reflexiones durante los quince mortales días que transcurrieron hasta el señalado para la partida, mientras nosotros averiguamos algo de lo que meditaba el rey.

El amor insensato de Athelwold hacía la hija del conde y el engaño de que se había valido para destruir en el ánimo del monarca una inclinación que hubiera desbaratado los planes que concibió y llevó á efecto, no pudieron estar secretos por mucho tiempo: era un tesoro de gran estima y sobradamente codiciado el de la hermosa de Elfride, para que permaneciera oculto á los ávidos ojos de algunos cortesanos, que enemigos secretos de Athelwold (siempre los tienen los favoritos), tenían demasiado interés en perderle para que dejáran escapar la ocasión que les presentaba su constante espionaje.

Por eso, bien pronto supo Edgar la verdad, y viéndose engañado por aquel á quien había colmado de beneficios, meditó una venganza, tanto mas terrible cuanto mas ingrato se imaginaba su proceder.

Pero deseaba cerciorarse por sí mismo: deseaba confundirle ante la realidad que les ofrecería una entrevista; y como en llevar á cabo su plan con sagacidad y prudencia estribaba que llegase á adquirir un convencimiento que le permitiese anonadar á su favorito ó á sus detractores, disimuló su resentimiento, anunciando simplemente el viaje al país habitado por Elfride.

Llegado que fué el día señalado, púsose en camino toda la corte, no sin haberse cerciorado el rey de que le seguía Athelwold.

Para todos eran un misterio los designios del monarca. Ya llevaban hechas dos ó tres jornadas, durante las cuales Edgar había distinguido mas que nunca á su favorito, cuya intranquilidad y reflexivo continente crecían á medida que observaba la dirección de la comitiva.

Al fin, ya cerca del castillo de Devoushire, animado Athelwold por las benévolas demostraciones del rey, suplicó le permitiese separarse de la corte: mas aquel, que veía en esto llegada la hora de realizar su plan, le contestó entre severo y risueño:

—Hacia tiempo, Athelwold, que deseaba conocer á tu muger de quien oí hablar en otra época: y ya que nos hallamos tan cerca de Devoushire le honraremos con una visita.

Un rayo que hubiera caído á los pies del favorito no le habría anonadado tanto como estas palabras tan sencillas al parecer.

—Señor... tan inesperada visita...—balbuceó estremeciéndose y sintiendo correr por sus venas un frío glacial.

—Tanto mejor—repuso el rey;—nada de preparativos.

Todavía Athelwold, repuesto un tanto del aturdimiento que le causara aquella noticia, hizo algunos esfuerzos para disuadir al monarca de su propósito; mas todo fué en vano, porque su determinación era irrevocable. Lo único que se le permitió fué que precediera algunas horas á la régia comitiva para disponer lo necesario á un digno recibimiento.

Apresuróse entonces el favorito, y haciéndose preparar un caballo, salió seguido de algunos criados, con dirección al castillo.

¿Qué pensamientos le agitaban durante su precipitada marcha?

Fácil era adivinarlos al reparar su semblante.

Pensaba, y era muy natural, en la sorpresa que recibiría el rey cuando advirtiese la belleza de Elfride, en las consecuencias que podía tener su conducta, que sin abultarlas mucho calculaba ya en un perpétuo destierro, y en los medios que le era dable emplear, en su crítica posición, para prevenirse contra el enojo del monarca.

—Si Elfride se prestase á mis deseos—esclamaba de

(1) Véase el número 38.



ARCO DE LA ESTRELLA EN LOS CAMPOS ELISEOS DE PARÍS.

vez en cuando sin dejar de espolear al caballo,—no debo esperar; para ello sería preciso que estuviese realmente enamorada. No, no es este un sacrificio á que ninguna mujer se presta... Sin embargo, ¿qué recurso me queda?... Probemos, una vez que ningún otro medio me sugiere la imaginación.

Dicho esto, y llegando en aquel momento al castillo, apeóse con precipitación, penetrando velozmente en el aposento de su esposa.

(Finalizará.)

EL LACEADOR (1).

De todas las capitanías generales que componen, con desiertos aun desconocidos, el inmenso reino del Brasil, la mas notable sin disputa, la que sobre todas es mas digna del estudio de los viajeros, es la capitanía general de San Pablo, porque los paulistas no pertenecen, hablando con propiedad, á ningún país, ó mas bien, hacen la conquista de todos.

Que un paulista haga saber á un gaoucho de la Plata, que tiene que tratar con él de un asunto grave y urgente; que le dé una cita en esas silenciosas y eternas selvas de que ya os he hablado, á trescientas ó cuatrocientas leguas de la costa, á seiscientos de Rio Janeiro ó Montevideo; que le señale un punto al pie de una gigantesca bertholletia, tal día, á tal hora... los dos hombres se darán la mano en el momento preciso... y con todo, esos hombres no habrán tenido otro guía que el ruido y el frescor de la brisa, ó el curso de los astros, y se habrán visto precisados á luchar en su camino contra culebras y yaguas, de los que hacen tan poco caso como del grito del papagayo ó de la risa del ouistiti.

El paulista no es sino un gaoucho degenerado; es el tigre de América comparado con el de Bengala; es un fashionable de nuestras grandes ciudades al lado de un rudo contrabandista de los Pirineos.

El traje del paulista es poco mas ó menos igual al del gaoucho, pero ya con algunas modificaciones, con adornos y dengues, si me atrevo á espresarme así, que rayan casi en coquetería. Su ancho sombrero sujeto debajo de la barba con una cinta de terciopelo, y de un fieltro bastante fino; su poncho, especie de capa de color de chocolate, azul ó blanca, cortado en redondo, y en cuyo medio hay un agujero para pasar la cabeza, es tambien de un paño que avergonzaria al del gaoucho. En cuanto á su calzon de piel, á su cintura y á su calzado, están llenos de dibujos hechos con cordoncillos de diversos matices, muy curiosos y seductores á la vista. Pero el gaoucho, ese hombre de hierro y abetunado, delgado, pequeño, salvaje, intrépido como el león, indómito como él, os lo representaré cuando lo haya estudiado bien en sus desiertos, en sus costumbres y en sus hábitos dominantes. ¡Oh! os juro que es una cosa digna de verse.

No hay extranjero que al llegar al Brasil no se apresure para verse enfrente de un paulista á caballo, armado de su temible lazo. Los primeros conquistadores de América han referido cosas tan maravillosas de su audacia y destreza, que repugna en algun modo á la razon el admitirlas, y que la duda os persigue aun cuando el hecho esté palpitante y á vuestra vista, para hacer desaparecer toda incredulidad. Atended, pues.

Un valiente coronel de lanceros de la vieja guardia imperial, no cesaba desde la llegada al Brasil, adonde le habian espatriado las vicisitudes de su país, de repetir en alta voz á cuantos hablaban de los paulistas, que él, montado á caballo y armado con su lanza, se lisonjaba de desmontar, no tan solo uno, sino dos, tres de esos temibles *laceadores de hombres*, como él los llamaba por irrisión.

—Cuidado, coronel, se le replicó muchas veces; vuestro vigor y vuestra destreza son grandes indudablemente; pero si un paulista os oyera, sería hombre para aceptar el desafío.

—¿Y creéis que yo lo propongo para que no se admita?

—Os apreciamos demasiado para publicarlo.

—Pues bien! tomo la iniciativa, y desde mañana se publicará mi cartel.

Las hojas sueltas de Rio Janeiro, publicaron en efecto el reto del coronel, y en el mismo día recibió una visita muy curiosa.

—¿Sois vos, coronel, el que habeis hecho insertar ayer una nota en los diarios?

—Sí señor: ¿por qué? ¿os interesais en ello?

—Soy paulista.

—¿Cómo! ¿aceptais mi proposición?

—¿Por qué no?

—Pero si apenas teneis cinco pies!

—Vos tampoco teneis los seis.

—¿No es bastante?

—No, coronel.

—Ignoraba que el Garona corriese tambien por el Brasil.

—¡Oh! no me habeis de vuestros rios, coronel, los nuestros son mas anchos que largos los vuestros.

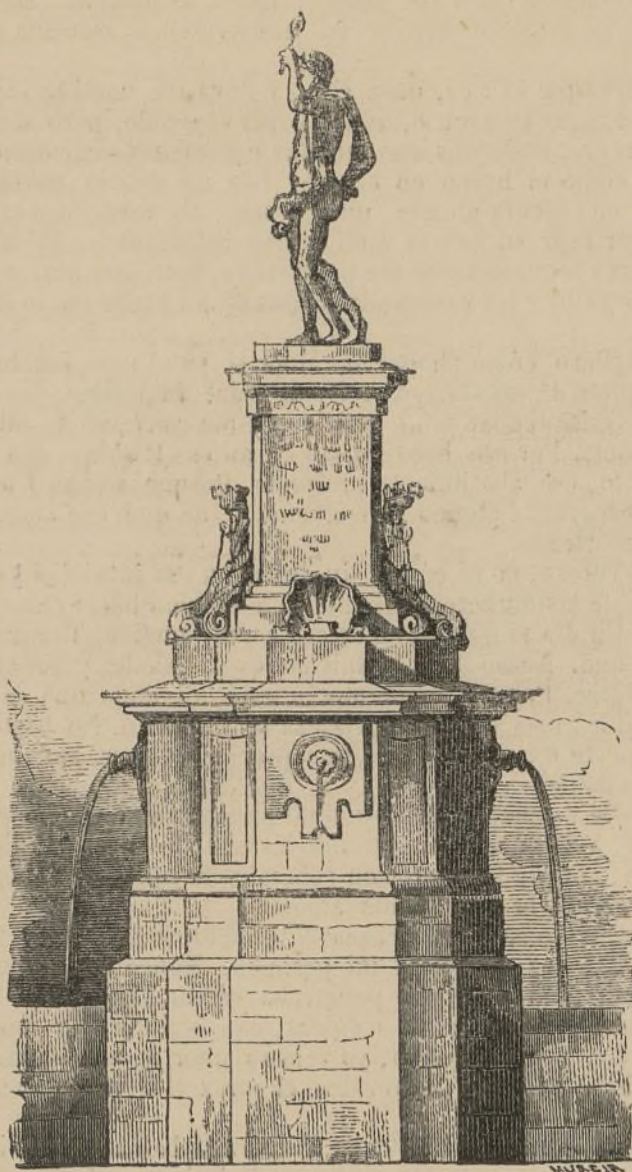
—Esto hace el elogio de vuestros rios, y nada mas.

—No he venido á veros para alabaros, pero sí para asegurarme en efecto, si quisiérais ensayar vuestra lanza contra mi lazo.

—No lo dudeis.

—¿Para cuándo?

—Esta tarde.



Fuente de Lavapiés.

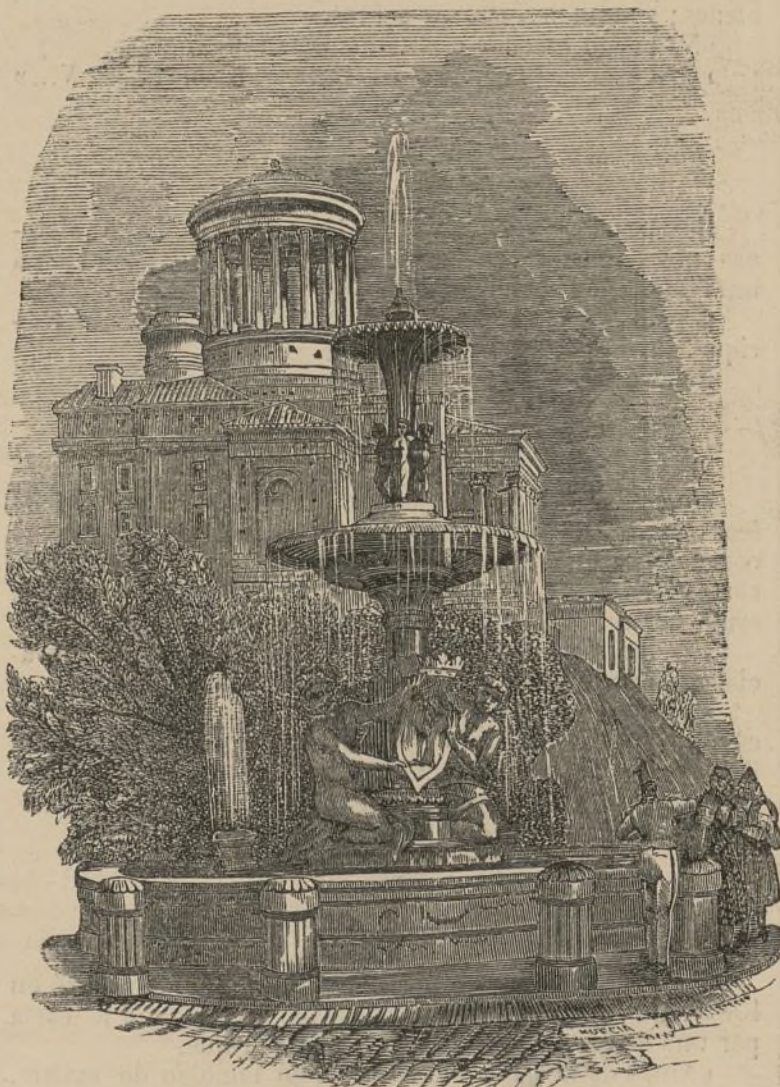
—No, hasta pasado mañana, enfrente del palacio de San Cristóbal; eso divertirá á mucha gente.

—En buena hora.

—Me he apresurado á venir, á pesar de ser novicio, porque no quiero, coronel, os suceda ninguna desgracia.

—Eso es ser bien generoso.

—Si alguno de mis camaradas se presenta despues que yo, no admitireis.



Fuente de la Alcachofa.

—Por supuesto que no.

—Así, pues, coronel, hasta pasado mañana, á las nueve.

—Hasta pasado mañana, ¡señor!...

—José Piñada.

La singularidad del reto habia atraído alrededor de San Cristóbal un inmenso gentío, una parte de la nobleza se citó allí, y de en medio de ese gentío que se oprimía y agitaba inquieto sobre las gradas, no se oía sino un grito; ¡á favor del paulista! ¡Cien piastras por el paulista! ¡mil, dos mil, cinco mil patacos contra el lancero! Ninguno se atrevió á apostar en pró.

Suena por fin la hora y una música militar anuncia á los lidiadores. El coronel entró el primero en la liza, montado sobre un magnífico alazan que maneja con gracia y se precipita al galope lanza en ristre. Un grito general de admiración resuena: se aplaude, empero ningún partidario se atreve á sostenerlo. Pero hé aquí al paulista, bajo, flaco, recogido y cuyos pequeños ojos despiden vivas chispas debajo de los inmensos bordes de su fieltro, su caballo tambien es pequeño y sus piernas son de un fino contorno que diseñan una pronunciada musculatura. El paulista y él se detienen á la entrada del circo; José Piñada dá la mano á una docena de sus compañeros, que se muerden los labios de impaciencia y casi de cólera; tan atrevido les habia parecido el desafío del coronel. Piñada se apresura á dejar sus amigos, vuelve la brida, y se adelanta á paso lento hácia su adversario á quien saluda...

—¡Es José! ¡es José! dice todo el mundo... hubiera preferido á Fernando, á Antonio ó á Pedro; pero no importa, ¡cinco mil patacos á favor de José!

—Coronel, héme aquí á vuestras órdenes.

—Temia, caballero que no fueseis exacto.

—Un paulista nunca se hace esperar: aun no han dado las nueve.

—¿Pero no teneis silla?

—No es necesario, tengo mi lazo.

—Pues yo voy á poner una zapatilla en el hierro de mi lanza.

—¿Y para qué?

—Es que podría mataros.

—Imposible; para matar á las gentes es preciso tocarlas, y vos no me llegareis.

—¿Bromeais siempre?

—Siempre, aun al frente del tigre.

—Las trompetas dan la señal y el público espera ansioso é impaciente el éxito de la lucha. ¡Silencio! Mirad ahora al paulista, ved su corcel cómo se tuerce, se encabrita, se enrosca como una culebra y hace jugar sus nerviosos jarretes. No solo obedece al freno y la espuela, sino tambien á la voz, al soplo de su amo. José se anima como él, haciéndose el enano gigante; desde este momento se adivina ya el vencedor: hasta el mismo coronel parece asombrado.

Los campeones van á atacarse, el coronel con la lanza en ristre, y el paulista agitando por cima de su cabeza el lazo mortal, formando dos ó tres nudos corredizos... ¡Ah! ¡ah! esclama dos veces, para no faltar á su costumbre de guerra, ¡ah! ¡ah! y se precipitan de una y otra parte. El lancero ha errado al paulista, porque se ha escondido bajo el vientre de su caballo; y José no ha tratado de coger al lancero, como si quisiera perdonarle la primera vez. De nuevo se acometen, el lazo parte, el coronel es sacado de su silla y arrastrado por la arena sin poder desenredarse de los nudos que le oprimen. Se quiere aplaudir y el paulista hace seña de que eso no es generoso, se le ve levantar á su adversario.

—Perdon, coronel, no soy muy diestro, os he arrancado de la silla con demasiada violencia, otra vez será con mas suavidad.

—He sido sorprendido, contesta el coronel.

—Así tenia que ser, porque sorprendemos á todo el mundo.

—¡Pues bien, vamos á ver!

—Veamos.

Otra vez se han separado hasta los extremos del circo; y parten al paso...

—¡Ah! ¡ah! esclama el paulista, ¡ah! ¡ah! por el cuello ahora, y su caballo sale como una flecha. El coronel es por segunda vez tirado á tierra, y José está cerca de él para que no muera estrangulado por el lazo.

—Esto no va bien, dice el paulista, no va bien, coronel; aun no he almorzado y mi mano no está muy segura: ¿quereis una tercera prueba? Me obligo á cogerlos por el brazo derecho ó por la pierna izquierda; lo dejo á vuestra eleccion.

—No, ya me basta, dijo el coronel vencido, roto y cubierto de polvo, me basta; de aquí en adelante creeré todos los prodigios que se cuentan de vos.

—Coronel, nada habeis visto; hay una docena aquí de mis camaradas para quienes no soy sino un niño.

—Vendrán con vos á almorzar á mi casa.

—No los conoceis, son capaces de aceptar, pero yo os pido vuestra amistad.

—La teneis, á pesar de que vuestro lazo me ha tratado muy mal.

—Y sin embargo no he apretado mucho.

Desde este día el coronel ya no propuso mas desafíos á los paulistas, pero fué á vivir entre ellos, en medio de sus soledades y despreciando su lanza favorita, se hizo en poco tiempo un muy hábil *laceador de hombres*.

LA ESTÁTUA DE DOÑA INÉS.

(Conclusion.)

XII.

Nuestra presencia en la pastelería habia llamado la atención de los que á ella concurrían. En un principio, al vernos siempre solos y silenciosos y sentados generalmente á la misma mesa, habian dado en llamarnos *los convidados de piedra*. Despues algo debieron adivinar respecto á Teresa, pues ignorando su nombre, la llamaban *doña Inés*, como la heroína del drama de Zorrilla. Mas tarde, por último, al ver la simulada insensibilidad de la jóven, concluyeron por decir, que era *la estatua de doña Inés*.

Mármol en que doña Inés
en cuerpo sin alma existe,

como dice el popular poeta.

(1) De Mr. Arago.

Así á mi entrada y aguzando mucho el oído estaba seguro de oír:

—Aquí está el Convidado de piedra, que decía uno.
—Tenorio, ¿qué has hecho del Comendador? replicaba también en voz baja otro, aludiendo á la ausencia de Enrique.

—¿Ha venido ya la estatua? preguntaba un tercero.
Y cuando llegaba Teresa:
—¡Doña Inés, murmuraba uno, cuánto ha tardado hoy!
—¡Mirad qué pálida está esta noche la estatua de doña Inés!

Y así los demás.

XIII.

Por fin, una carta de América, cerrada con lacre negro, llegó á mis manos. Presentí una desgracia, y no me atrevía á abrirla. Al cabo rompí el nemo.

Eran tres cartas, mejor diré, una sola carta, pero de tres letras diferentes. La primera segura, pero irregular, borrada á intervalos como por lágrimas, seguramente de un hombre de edad regular, pero que sufría: reconocí en ella la letra de Enrique. La segunda antigua y temblona como la de un anciano. La tercera firme y segura como la de un comerciante.

Voy á trasladar íntegramente las tres.

XIV.

«No sé si llegarán á V. estas páginas, diario de un alma enferma y triste; pero lleguen ó no, yo las dedico á mi único amigo, al que ha sabido adivinar y comprender mi amargura.

«Pero ignora V. aun la causa de ella, y quiero decírsela.
«Quiero contar á V. la historia de mi tristeza, siquiera para aliviar á mi alma de una parte del peso que la agobia. Las penas que se confían á otro parecen menores. Por mucho tiempo las he llevado sobre mí; porque vivía solo y aislado. En V., sin buscarlo, encontré un amigo verdadero, y creía faltar á la amistad, sino abría á V. mi corazón, sino compartía con V. mis dolores.

«Creo haberlo dicho á V. He nacido en Puerto-Príncipe. Mi madre murió al darme á luz, y predestinado á sufrir, causaba el primero y mayor sufrimiento al nacer.

«Mi padre amaba entrañablemente á su esposa. Así que por mucho tiempo me miró como la causa, aunque involuntaria, de su muerte. De esto, el que su cariño hacía mi se resintiera algo. Mas al cabo comprendió lo injusto de ese retraimiento; y entonces, para indemnizarme tal vez del afecto perdido, me amó con todo el amor paternal, aumentado con toda la ternura que profesaba á mi madre, cuya fisonomía y dulzura, á su decir, residían en mí.

«Pero llegaron los primeros años de mi juventud. Fué preciso pensar en una carrera, pues aunque la fortuna nos había dado suficientes bienes, sin embargo, siempre es preciso mirar el día de mañana.

«Y fui á Europa á estudiar leyes.
«La prevision de mi padre se justificó. Bien pronto comprometido en negocios arriesgados vió desaparecer su fortuna y quedarme apenas lo necesario para librar nuestra existencia modestamente.

«Solo sentí esta pérdida por él. Tenía entonces fé en el porvenir. Desecaba conquistarme una posición honrosa y desahogada con mi talento, con mi trabajo. Casi me pesaba el encontrarme ya una fortuna considerable hecha. ¡Ay! que muy pronto había de llorar el naufragio de esa fortuna.

«Concluí mi carrera. Llamé á muchas puertas que cuando era rico se me abrían de par en par: permanecieron cerradas. Mis esperanzas se desvanecieron una á una. Los desengaños nublaron mi alma. Y sentí por primera vez en mí el frío de la decepcion, el vacío del desaliento.

«Entonces ví á Teresa. Necesitaba amar yo que luchaba lejos de mi único afecto, de mi padre: yo que en nada creía ya por mis infortunios y decepciones, necesitaba creer al menos en el amor.

«Y creí en él, pero solo un día.
«Era un Jueves Santo. La reina salía á recorrer las estaciones con sus grandes de España y gentiles-hombres. Paseábame por la carrera cuando una joven llamó mi atención.

«¿A qué decir quien era? V. la conoce. Era Teresa.

«Honda impresion produjo en mí su belleza, fuera de lo ordinario y vulgar. Tal vez para recogerme en mí, para desecar de mi memoria su imagen hermosa, fui aquella noche á la iglesia. Un predicador llenaba el templo con su elocuencia, suspendiendo de sus palabras á los que le oían. Reinaba bajo la santa bóveda una consoladora oscuridad. Doblé la rodilla, y algunas lágrimas brotaron de mis ojos. Dícen que el llanto es la oración mas grata á Dios. Lloraba ¿por qué? no puedo decirlo, no lo sabía entonces mismo.

«Al salir del templo ví, sentadas á la mesa de la cuestacion, iluminada por las velas que en ella había, y llamando la atención de los fieles golpeando con una moneda en la bandeja, dos señoras. La una me era desconocida. En la otra reconocí á Teresa.

«Llevaba un solo napoleon en mi bolsillo. Aquel napoleon era mi subsistencia de dos ó tres días. Me detuve. Pero una mirada suplicante para que echara alguna cosa me decidió. Saqué con valor mi napoleon y lo arrojé en la bandeja.

«Gracias, me contestó con dulce voz. Era la primera vez que la oía y me sentí conmovido. Aquella mirada y aquella sola palabra decidieron de mi vida.

«Desde aquel momento la amé, yo que nunca había amado, y por eso mismo con todo mi corazón, con toda mi alma.

«Después de aquel día me fué preciso verla para vivir.

Apenas tenía lo necesario para mi subsistencia, y sin embargo concurría á los paseos, iba á los teatros, solo por verla un momento cruzar en su carretela ó asomada en su palco.

«Porque es rica, muy rica, y lleva un nombre ilustre.
«Fuerza es decirlo, nunca había esperado, pero al saber quien era, hasta mis mas remotas esperanzas se desvanecieron como el humo en el aire. Era un delirio pensar en ella, una locura amarla, un desvarío, un verdadero crimen querer unir su suerte á mi suerte infortunada. El mundo con sus conveniencias me lo prohibía, pero mas aun el noble orgullo y las venerandas canas de mi padre me lo impedían.

«Pero cómo ahogar mi amor si ya se posesionaba por completo de mi alma, de mi vida toda? Imposible.

«Quise luchar y fui vencido, y me convencí de mi impotencia. Por eso habeis visto en mí esa tristeza, ese desaliento, ese abatimiento profundo. Porque amaba y amaba sin esperanza alguna, y convencido de que ese amor era mi infortunio.

«Teresa, no sé cómo, sin duda con esa intuición y doble vista de las mugeres, adivinó mi adoración hacía ella.

«Un día ví que mi amor era correspondido. Tampoco sé por qué. Acaso por lo mismo que luchaba y procuraba ocultarse. Por un momento inundó mi alma una alegría inefable; mas luego mi tristeza se aumentó. No bastaba á la suerte mi sufrimiento, era preciso que ese sufrimiento fuera doble.

«Me prometí á mí mismo no pronunciar una palabra de amor. Y Dios sabe cuánto me ha costado cumplir mi promesa, porque la adoración rebosaba de mi alma y quería á todas horas brotar de mis labios.

«Ella no sé á qué achacaría mi silencio. Tal vez á timidez, tal vez conocería mi posición. Nunca he procurado saberlo. Y el despecho penetraba en su alma y me hacía morir con sus sonrisas irónicas, con sus miradas despreciativas. Y sin embargo, yo veía su amor en esas miradas y sonrisas; pero me destruían el corazón al ver lo que ella padecía.

«Ya sabe V. mi historia. Tal vez la había V. adivinado por completo, antes de que yo se la hubiera referido.

«Quiero confesarlo á V. Me siento malo, muy malo, cada día peor. Cada uno de los que pasan, se lleva un año de los que debía haber vivido. La fuerza vital me abandona de prisa, muy de prisa. ¡Es tan mala mi suerte! Si muriera antes de abrazar á mi padre, ¡Dios mío! no lo permitas. Déjame llorar sobre su pecho; déjame consolar los últimos días del pobre anciano...

«Conozco que la muerte viene y la vida se vá. Acaso me quedan ya pocas horas de vida.

«Pues bien: si muero, deseo que esta carta llegue á sus manos. ¿No es verdad que V. se encargará de hacer que llegue á ellas? Que sepa cuánto la he amado; bien puedo decirlo así, porque tengo ya un pie en la tumba: que sepa por qué he tenido que guardar mi amor.

«Y yo que despreciaba la fortuna cuando me daba sus bienes; yo que deseaba ser pobre!

«No puedo escribir mas... me faltan las fuerzas.
«Que esta carta llegue á sus manos... No me olvide V...»

XV.

Después de estas páginas venían, como he dicho, algunas líneas de letra antigua y temblona, borradas también á intervalos por las lágrimas.

A primera vista, me figuré que eran del padre de Enrique.
Hélas aquí.

XVI.

«Pocos días después de escribir lo que V. acabará de leer, murió mi pobre hijo. Dios no quiso concederme el consuelo de que cerrase mis ojos, ni siquiera el de que yo cerrase los suyos. Fué á reunirse allá en el cielo con su santa madre.

«Ni aun me es dado llorar sobre su sepulcro. El desgraciado fué arrojado al mar. Hágase la voluntad de Dios.

«Sus deseos eran que se enviase á V. su carta. Que sea como lo deseó. Añado estas líneas para noticiar á V. su fallecimiento, para darle también gracias por la buena amistad y los consuelos que tuvo para mi pobre hijo.

«Pronto espero reunirme á él.»

XVII.

Y en verdad que la esperanza del anciano se realizó en breve. Hé aquí las cuatro palabras añadidas aun á la carta por uno de los albaceas del padre de Enrique.

«Antes de la salida del correo dejó también de existir. El padre ha ido á gozar del Señor al lado de la esposa y de su hijo.

«Ya que él no pudo llevar á cabo su deseo de cumplir la voluntad de su hijo enviando á V. esta carta, yo lo hago por él.

«Crea V. que tantas desgracias me tienen sumamente afectado. Perder el mejor de los amigos y ver malograrse un joven de tan fundadas esperanzas, son acontecimientos que marcan indeleblemente su triste huella en la vida.»

XVIII.

He trabado recientemente conocimiento con algunos de los que concurrían á la pastelería. Ellos me han contado los nombres que nos habían puesto á Enrique, á Teresa y á mí.

—¿Qué ha sido del otro convidado de piedra? me preguntó uno hace noches.

—Tenorio, dígame V. ¿qué ha sido del Comendador?

—Ha muerto, le respondí.

—¡Pobre muchacho!, dijeron todos con lástima.

En esto oímos el ruido de un vestido de muger. Nos volvimos. Era la estatua de doña Inés. Era Teresa, mas pálida que nunca.

Al oír mi contestación «ha muerto» dió un débil grito y cayó en brazos de su padre.

Al día siguiente este vino á buscarme á la pastelería y me llevó á su casa. Teresa se hallaba en un estado imposible de describir. Me obligaron á que contase la muerte de Enrique. Por toda respuesta saqué la carta del joven y la entregué á Teresa. El padre cogió una vela y se aproximó á la cama para que aquella pudiese leer. Siempre me acordaré de aquella escena. Por un esfuerzo indecible pudo terminar la carta. Después sin proferir un ¡ay! quedó sin sentido. Cumplida mi misión, me incliné ante aquel inmenso dolor, besé religiosamente la mano inanimada de la joven y me retiré.

Pocos meses después se verificaba en las Salesas Reales la toma de hábito de Sor Teresa de la Purificación.

F.

FUENTES DE LAVAPIES Y DE LA ALCACHOFA.

En el presente número verán nuestros lectores dos grabados que representan dos fuentes públicas de Madrid. La primera se llamó la del Ave-Maria, por hallarse antes en la calle de este nombre, habiéndose situado después en la plazuela de Lavapiés para mas comodidad del vecindario, porque afluyen á ella muchas calles principales. Su forma monumental, graciosa y sencilla, juega perfectamente con el arbolado que la rodea, dándole un aspecto pintoresco. Su arquitecto don Martin Lopez Aguado, tuvo gran acierto y gusto en su ejecución, y llevó á cabo la obra con mucha economía al formar un notable monumento con trozos ó detalles de otras construcciones.

La actual composición consiste en un zócalo general de piedra berroqueña, sobre el que está colocado un cuerpo de arquitectura octógono, con cuatro caras resaltadas en los centros, y decorado con basamentos y cornisa de buen contorno; los planos de relieve, y recortes en la piedra son del gusto de la arquitectura reformada: este cuerpo sostiene el pedestal de piedra blanca que tiene los ángulos en forma de cubillo decorado con su cornisa y zócalo, el cual lleva una moldura con hojas talladas, y en su arquitectura adornos arabescos: agrupan con el pedestal las armas de la villa, y dos conchas de piedra en los frentes, y termina la composición una bonita estatua de Adonis, con cuyo remate forma un todo agradable y nada discordante.

La segunda, llamada de la Alcachofa, situada frente á la puerta de Atocha, de mas lujo y composición, mas complicada que la anterior, es obra de don Alonso Vergaz. Su pensamiento consiste en un Triton y una Nereida, agarrados á una columna, donde está la taza y la alcachofa sostenidas por unos niños; todo ello es de buen gusto y bien trabado, y sirve de adorno público al término del paseo del Prado.

EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

No hubo sombra de coquetería en la conducta de Francesca; todo en ella era grande, generoso y sin segunda intención. Esa grandeza hirió vivamente á Rodolfo, reconociendo la diferencia que existe entre la italiana y la francesa. Las aguas, la tierra, el cielo, la muger, todo era grandioso y suave, hasta su amor, en medio de aquel vasto cuadro en su conjunto, rico en sus detalles, y donde la aspereza de sus nevadas cimas, sus pliegues rectos, destacados con limpieza sobre el azul del cielo, recordaban á Rodolfo los límites en que debía encerrarse su dicha: un rico país circuido de nieve. Pero ¡ay! que debía ser interrumpida aquella dulce embriaguez de su alma. Una barca venía de Lucerna; Gina, que hacía algún tiempo la miraba con atención, hizo un gesto de alegría, quedando fiel á su papel de muda. La barca se aproximaba, y cuando Francesca pudo conocer en ella las personas:—¡Tito! exclamó, apercibiéndose un joven. Se puso de pie con riesgo de caerse al agua, y exclamó:—¡Tito! ¡Tito! agitando su pañuelo. Tito dió orden de bogar á los remeros, y las dos barcas se pusieron en la misma línea. La italiana y el italiano hablaron con tanta vivacidad en un dialecto tan poco conocido de un hombre que apenas sabía el italiano, y no había estado en Italia, que Rodolfo no pudo entender nada, ni adivinar nada de aquella conversacion; así que, la belleza de Tito, la familiaridad de Francesca, el aire alegre de Gina, todo le disgustaba; además, que ningún amante está contento cuando se ve abandonado por cualquier cosa. Tito echó vivamente á Gina un pequeño saco de piel, sin duda lleno de oro; después un paquete de cartas á Francesca, la cual se puso á leerlas, haciendo á Tito un signo de despedida.—Volved prontamente á Gersau, dijo ella á los remeros. No quiero hacer padecer diez minutos mas á mi pobre Emilio.—¿Qué os sucede? preguntó Rodolfo cuando vió á la italiana aca-

bar su última carta.—*La libertad* dijo ella con un entusiasmo de artista.—*E dinero*, continuó Gina como un eco, porque al fin le era permitido hablar.—Sí, repuso Francesca, ¡basta de miseria! hace mas de once meses que trabajo, y confieso que ya empezaba á fastidiarme; además, no soy una literata consumada.—¿Quién es ese Tito? preguntó Rodolfo.—El secretario de Estado del departamento de Hacienda de la pobre tienda de Colonna; de otro modo, el hijo de nuestro apoderado. ¡Pobre muchacho! No ha podido venir por Saint-Gothard, ni por el Mont-Cenis, ni por el Simplon, y ha tenido que venir por mar, atravesando la Francia. Por último, dentro de tres semanas estaremos en Génova y viviremos con desahogo. Vamos, Rodolfo, dijo viendo pintarse la tristeza en el semblante del parisiense; ¡el lago de Génova no vale mas que el de los Cuatro-Cantones?—Permitidme conceder un recuerdo á esta deliciosa casa de Bergmann, dijo Rodolfo señalando el promontorio.—Vendreis á comer con nosotros para multiplicar vuestros recuerdos, *¡povero mio!* dijo ella. Hoy es fiesta para nosotros, estamos fuera de peligro. Mi madre me dijo, que en el término de un año seríamos amnistiados. ¡Oh! ¡la cara patria!

Estas tres palabras hicieron llorar á Gina, que dijo:—¡Un invierno mas aquí hubiera causado mi muerte!—¡Pobre cabra de Sicilia! dijo Francesca pasando su mano sobre la cabeza de Gina con un gesto de cariño, que Rodolfo deseó ser acariciado así, aunque fuese sin amor.

La barca arribó y Rodolfo saltó á la tabla, dió la mano á la italiana, la condujo hasta la puerta de la casa Bergmann, y fué á vestirse para volver al momento.

V.

Cuando volvió Rodolfo, encontró al librero y su muger sentados en la galería exterior; Rodolfo reprimió difícilmente un movimiento de sorpresa al aspecto del prodigioso cambio que la buena noticia habia hecho en la casa del no-nagenario. Veía un hombre como de sesenta años perfectamente conservado: un italiano seco, derecho como una *ele*, los cabellos todavía negros, aunque claros, dejando ver un cráneo blanco, ojos vivos, dentadura completa y blanca; una cara de César, y sobre una boca diplomática una sonrisa casi sardónica, esa falsa sonrisa bajo la cual el hombre de buena sociedad oculta sus verdaderos sentimientos.—Ved á mi marido bajo su forma natural, dijo Francesca gravemente.—Es enteramente un nuevo conocimiento, balbuceó Rodolfo como si hubiese oído su sentencia definitiva.—Justamente, añadió el librero. He trabajado en el teatro y sé perfectamente caracterizarme. ¡Oh! yo representaba en París en tiempo del imperio, con Durienne, Mad. Murat, Madama d'Abrantes, *é tutti quanti*... Aun las cosas fútiles que uno se toma el trabajo de aprender en la juventud nos sirven para la vejez. Si mi muger no hubiese recibido esa educación viril, un contrasentido en Italia, hubiera sido necesario hacerme leñador para vivir aquí. *¡Povera Francesca!* ¿quién me hubiera dicho que un día ella habia de alimentarme?

Al escuchar á aquel digno librero, tan desembarazado, tan afable, tan fresco, Rodolfo creyó en alguna burla, y quedó en el silencio observador de un hombre chasqueado.—¿*Che avete signor?* le preguntó sencillamente Francesca. ¿Os entristece acaso nuestra dicha?—Es muy joven vuestro marido, le contestó al oído.

Ella se separó con una risa tan franca, tan comunicativa, que Rodolfo quedó mas cortado aún.—No tiene mas que sesenta y cinco años que ofreceros, dijo ella; pero os aseguro que es bastante.—Me lastima que os burleis de un amor tan santo como el mío, cuyas condiciones han sido puestas por vos.—*¡Zitto!* dijo ella dando un golpe con el pie y mirando si su marido los escuchaba. No turbeis jamás la tranquilidad de ese hombre tan generoso, cándido como un niño, y que respeta mi voluntad. Está, añadió, bajo mi protección. Si supieseis con qué nobleza ha arriesgado su vida y su fortuna porque yo era liberal! porque habeis de saber que no profesa mis opiniones políticas. ¿Es esto amar, señor francés? Pero toda su familia es así. El hermano segundo de Emilio amaba con pasión á una muger, la cual le engañó traidoramente distinguiendo con sus favores á un joven encantador; el pobre amante no pudo soportar el pesar que le abrumaba y se atravesó el pecho con su espada, y diez minutos antes decia á su ayuda de cámara:—Yo mataría á mi rival; pero sería dar demasiada pena á la *diva*. Esta mezcla de nobleza y de burla, de grandeza y de miseria, hacia en aquel momento de Francesca la criatura mas angelical del mundo. La comida, así como la soare fué señalada por una alegría que se justificaba con la libertad de los dos refugiados; pero esto entristeció á Rodolfo.—¿Será inconstante? se decia al volver á la casa de Stopfer. Ella ha tomado parte en mi duelo, justo es que yo la acompañe en su alegría. Rodolfo se reprendió y justificó á su amada.—No es hipócrita y se abandona á sus impresiones... se dijo ¿La quería yo como á una parisiense?

Al otro día y los siguientes, durante veinte días, pasó Rodolfo todo el tiempo en casa de los Bergmann, observando á Francesca, sin serle permitido acabar de comprenderla. En ciertas almas, la admiración lleva consigo una especie de penetración. El joven francés reconoció en Francesca la joven imprudente, la verdadera naturaleza de muger aun por someter, resistiéndose á veces á los impulsos de su amor, y en otros momentos dejándose llevar de sus impresiones. El anciano se conducía con ella como un padre y Francesca le manifestaba un profundo y sentido reconocimiento, que despertaba en ella instintos de nobleza. Esta situación y esta muger presentaban á Rodolfo un enigma impenetrable, cuya investigación le aficionaba mas y mas. Los últimos días fueron seguidos de fiestas secretas, mezcladas de melancolía, de luchas, de disputas; pero mas encantadores aun estos momentos que las horas en que estaban

acordes Rodolfo y Francesca. El estaba cada vez mas seducido por la sencillez de aquella ternura sin estudio, semejante á sí misma en todo y celosa de cuantas pequeñeces le rodeaban.—¿Amaís mucho el lujo? preguntó una noche á Francesca, que manifestaba deseo de abandonar á Gersau, donde carecía de muchas cosas.—Yo, dijo ella, amo el lujo como amo las artes, como me deleita un cuadro de Rafael, un buen caballo, una bella mañana, ó la bahía de Nápoles. Emilio, añadió, ¿me he quejado aquí durante nuestros días de miseria?—No hubierais sido vos, contestó gravemente el viejo librero.—Además, ¿no es natural en los plebeyos ambicionar la grandeza? repuso ella lanzando una mirada maliciosa á Rodolfo y á su marido. Mis pies, dijo ella mostrando al andar dos pequeños pies encantadores, ¿se han hecho para la fatiga? Mis manos, y ella, tendió una á Rodolfo, ¿podieran resistir el trabajo? Dejados solos, dijo á su marido, quiero hablarle.

El anciano entró en el salon con una sublime bondad: estaba seguro de su muger.—No quiero, dijo á Rodolfo, que nos acompañéis á Génova; es una ciudad donde reina mucho la murmuración, y aunque estoy muy por encima de las pequeñeces del mundo, no quiero ser calumniada; no por mí sino por él. Tengo mi orgullo en ser la gloria de ese anciano, mi solo protector. Nosotros partimos, vos quedad aquí durante algunos días: cuando vayais á Génova, ved desde luego á mi marido, y dejad que él os presente á mí. Ocultemos nuestro inalterable y profundo afecto á las miradas del mundo. Os amo, vos lo sabeis: no os sorprendais de mi conducta, que cualquiera que ella sea, no podrá despertar vuestros celos.

Ella le cogió la cabeza, le besó en la frente y se fué dejándole estupefacto.

VI.

Al día siguiente supo Rodolfo que los huéspedes de la casa de Bergmann habian partido al amanecer. Su habitación de Gersau desde entonces le pareció insostenible, y partió para Vevay por el camino mas largo, viajando con mas actividad de lo que debía; pero atraído por las aguas del lago, donde le aguardaba la bella italiana, llegó á Génova á fines del mes de octubre. Para evitar los inconvenientes de la ciudad, se alojó en una casa situada en las Aguas-vivas, fuera de las murallas. Ya instalado, su primer cuidado fué preguntar á su patron, un antiguo joyero, si habian venido á establecerse hacia poco refugiados italianos, milaneses, en Génova.—No, que yo sepa, respondió el hostalero; solamente el príncipe y la princesa Colonna, de Roma, han alquilado por tres años la casa de campo de Mr. Jean-renaud, una de las mas bellas del lago, situada entre la villa Diodati y la casa de campo de Mr. Lafin-de-Dieu, que tambien ha alquilado la vizcondesa de Beauseant. Los príncipes Colonna han venido por su hija y por su yerno, el príncipe Gandolphini, un napolitano, ó si quereis, un siciliano antiguo partidario del rey Murat y víctima de la última revolución. Hé aquí los últimos que han venido á Génova, y no son por cierto milaneses. Ha sido necesario dar muchos pasos y la protección que el Papa dispensa á la familia Colonna, para haber obtenido de las potencias extranjeras y del rey de Nápoles el permiso para que el príncipe y la princesa Gandolphini residan aquí. Como Génova no quiere hacer nada que disguste á la Santa Alianza, á quien debe su independencia! Así es, que no corresponde á nuestro papel censurar á las cortes extranjeras. Aquí hay muchos extranjeros; rusos, ingleses...—Tantos como genoveses.—Sí, señor. ¡Es tan bello nuestro lago! Lord Byron ha vivido en él hace siete años, en la villa Diodati; y ahora todo el mundo vá á visitarla como Coppet, Ferney.—¿No podríais averiguar si ha venido hace una semana un librero de Milán y su muger, un tal Lamporani, uno de los gefes de la última revolución?—Puedo saberlo yendo al círculo de los extranjeros, contestó el antiguo joyero.

El primer paseo de Rodolfo tuvo naturalmente por objeto visitar la villa de Diodati, esa residencia de Byron, á la cual daba mas atractivo la muerte de aquel gran poeta; la muerte es la consagración del genio. La vía que, desde las Aguas-vivas, costea el lago de Génova, es como todos los caminos de Suiza, bastante estrecha; y en ciertos lugares, por la disposición del terreno montañoso, apenas queda espacio para que se crucen dos coches. Cerca de la casa Jean-renaud adonde llegaba sin saberlo, oyó Rodolfo el ruido de un coche detrás de sí, y encontrándose en una especie de garganta, trepó sobre la punta de una roca para dejar el paso libre. Desde allí vió venir el carruaje; una elegante carretela tirada por dos soberbios caballos ingleses, y se turbó al ver en el fondo de ella á Francesca lujosamente vestida, al lado de una señora de edad, derecha como un camaleón. Un cazador brillante con sus dorados se mantenía de pie en la trasera. Francesca reconoció á Rodolfo, la cual se sonrió al verle como una estatua sobre su pedestal. El enamorado se encaramó en las alturas y siguió con sus miradas al carruaje que se volvió para entrar por la puerta de una casa de campo, hacia la cual corrió Rodolfo.—¿Quién habita aquí?—preguntó al jardinero.—El príncipe y la princesa Gandolphini.—¿La señora que acaba de entrar es la princesa?—Sí señor. En aquel momento cayó la venda que Rodolfo tenia sobre los ojos y vió claro á través de la nube de lo pasado.—¿Con tal que sea esta su última burla! dijo para sí el aterrado amante.

Rodolfo temblaba al considerar que podia haber sido el juguete de un capricho, porque habia oído hablar de lo que es un *capriccio* para una italiana. ¿Qué crimen á los ojos de una muger, haber tomado por plebeya á la esposa de un príncipe, nacida princesa! Tratar á una hija de las familias mas ilustres de la edad media por la muger de un librero! El sentimiento de sus faltas aumentó á Rodolfo el deseo de saber si sería desochoado ó rechazado. Dirigióse al príncipe Gandolphini, por medio de una carta, y al momento fué re-

cibido por el falso Lamporani, quien al presentarse á su vista le acogió con suma gracia, con una afabilidad napolitana, y le paseó á lo largo de una azotea, desde donde se descubría Génova, el Jura y sus colinas cargadas de frutas, y una gran extension de las riveras del lago.—Mi muger, ya lo veis, es fiel á los lagos, dijo despues de haber detallado el paisaje á su huésped. Esta noche tenemos una especie de concierto, añadió volviéndose hacia la magnífica casa. Jean-renaud, espero que tengamos la princesa y yo el placer de que vengaís. Dos meses de miseria soportados en compañía, equivalen á muchos años de amistad.

(Se continuará.)

SU NOMBRE.

Cuando las aves anuncian,
con sus cantos la alborada
y abren su cáliz las flores,
á los besos de las auras,
mi corazón y mis labios
murmuran un nombre: Laura.

Cuando la noche despliega
por el espacio sus alas
y al reposo de la muerte
cede la vida sus ansias,
mi corazón y mis labios
murmuran un nombre: Laura.

Cuando por fin de la vida
rompa la cárcel amarga
y el cuerpo, que es polvo, al polvo
devuelva y á Dios el alma,
irá en mi último suspiro
envuelto el nombre de Laura.

ENRIQUE HERNANDEZ.

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

EL SOLDADO DE PLOMO.

CUENTO IX.

Habia una vez veinte y cinco soldados de plomo que eran todos hermanos, pues eran hechos de la misma cucharada de peltre. Estaban todos de pie, armas al hombro, muy tiesos y formales y vestidos de vistoso uniforme azul y amarillo. Lo primero que oyeron en este mundo así que se destapó la cajita en que se hallaban colocados fué un grito de: ¡Soldados de plomo! que daba un muchacho á quien habian sido regalados por su padre el día de su cumpleaños. El niño los fué sacando uno por uno, colocándolos en hilera sobre una mesa. Cada uno de ellos era el retrato de los demás. Solo uno se diferenciaba de sus veinte y cuatro compañeros, pues tenia una pierna de menos por haber sido el último que salió del molde cuando ya en él no quedaba bastante peltre. Sin embargo, con su pierna coja se mantenía derecho como los demás. Y él cabalmente fué entre todos ellos el último que se hizo célebre, como lo vamos á ver.

En la mesa en que estaban formados los soldados habia cien otros juguetes de varias formas, pero el mas notable era un castillito hecho de papel de varios colores, por cuyas ventanas se podia mirar lo que pasaba dentro: y enfrente del castillo una como plazuela y alameda de hermosos árboles verdes, al cabo de la cual habia un lago hecho de vidrio con unos cisnes de papel que figuraban nadando sobre las aguas. Todo ello era muy lindo, pero mas linda todavia era una señorita de papel pintado que estaba á la puerta del castillo. Iba vestida como de muselina blanca con una cinta encarnada que le cruzaba el pecho á manera de banda y en medio de ella una rosa punzó tan grande como la cara de quien la llevaba. La señorita extendía los brazos, pues era bailarina, y luego levantó la pierna tan alto que el soldado de plomo la perdió de vista; tanto que vino á persuadirse de que era coja lo mismo que él.

—¿Qué buena esposa tendria yo en ella!—se dijo á sí mismo.—No hay mas inconveniente sino que es muy bonita y muy señora y vive en un castillo, mientras que yo estoy metido en una caja pequeña en donde ya somos nada menos que veinte y cinco. ¿Cómo diantre pudiera aquí haber un lugarcito para esa señora! De todos modos yo he de ver cómo entro en relaciones con ella.

Dicho esto se acostó tendido á lo largo detrás de una caja al parecer de tabaco, que habia entre los juguetes de la mesa, y desde allí atisbaba á su Terpsícore que seguía todavia sosteniéndose en solo un pie á la puerta del castillo, y por mas que duraba en aquella posición ella no perdía el equilibrio.

Al anochechar el muchacho metió á todos los demás soldados dentro de la cajita y la tapó. La gente de la casa se retiró toda á acostarse y los juguetes comenzaron á jugar entones en plena libertad á varios juegos. Los soldados se movian y forcejeaban la caja para salirse de ella, pero no podian levantar la tapa. El trompo daba saltos mortales; el lapicero bailaba encima de la mesa; en suma, armaban todos ellos tanta bulla que hasta se hubo de despertar el canario que estaba colgado en la jaula y comenzó á hablar, en verso



por mas señas. Los únicos que no se movían eran los pobres soldados que seguían encerrados en su prision.

La bailarina permanecía con el pié en alto y los brazos estendidos, y el soldado cojo impertérrito detrás de su escondrijo firme en su pierna coja y sin dejar de tener fija la vista en su nueva dulcinea.

Dieron las doce de la noche en el reloj de encima de la chimenea, cuando de repente... ¡crae! se oyó un ruido imprevisto y la caja detrás de la cual estaba nuestro héroe, se abrió lanzando con fuerza la tapa sobre la mesa y de dentro de ella saltó un terrible monigote negro y colorado que se mantuvo en pié aunque tembloroso y vacilante. No era caja de tabaco: era caja de resorte, para servir de espantajo.

—¡Soldado de plomo! —dijo el muñecote, —¡cuidado con codiciar la fruta vedada!

El cojo hizo como si no le hubiese oído.

—Espera hasta mañana y tú verás... —continuó el muñeco.

A la mañana siguiente pusieron al soldado de plomo en el antepecho de la ventana, y bien fuese por mágicas artimañas del muñeco, ó porque así lo causó la corriente de aire, el bueno del cojo cayó precipitado desde lo alto del piso tercero hasta el suelo de la calle. ¡Qué tal quedaría de mal parado despues de tan rodada aventura fácil es de imaginar! El morrion y la bayoneta se le quedaron metidos entre losa y losa de las de la acera, y la única pierna que tenía estaba por supuesto hacia arriba como dando coces á la ventana que tan mala pieza le había jugado al cerrarse de repente sin pedirle á él permiso.

La criada y el muchacho bajaron al punto á la calle en busca del soldado, pero aunque pasaron tan cerca de él que casi lo aplastaron no acertaron á verle. Con solo que él les hubiese dicho «aquí estoy» hubiera sido negocio concluido; pero no le pareció que fuese compatible con la dignidad del uniforme y con el honor de la carrera militar el gritar pidiendo socorro á una muger y un niño.

A poco rato principió á llover. Las gotas al principio no eran muy grandes ni frecuentes; pero muy pronto fueron tales y tantas que no parecía sino que llovía á cántaros. Al fin, como tormenta de verano, cesó muy pronto el chaparrón y se serenó el cielo. Poco despues pasaron dos muchachos, y viéndole exclamaron:

—¡Oiga! por aquí hay un soldado de plomo. Vamos á hacerle navegar un rato.

Diéronse prisa en hacer un barguichuelo de papel, sirviéndose para ello como de lo mas á propósito, de un periódico de aquella mañana, pusieron dentro de él al soldado y lo colocaron en el arroyuelo que formaba la canal ó desagüadero de la casa. Los dos muchachos signieron por la acera corriendo tras de la corriente que se llevaba arrastrada la embarcación. ¡Pero qué corriente aquella! Gracias á la lluvia que había caído, aquello no era arroyuelo sino río. El buque de papel subía y bajaba impelido por las olas y se bamboleaba impulsado á uno y otro lado por el viento. El soldado vacilaba sobre su pié cojo; pero se mantenía en su puesto, con su arma al hombro, sin hacer gesto alguno, y con la vista fija hacia adelante.

De repente, el barco se metió por debajo de un puente-cito que había en la canal del arroyo y entró dentro de una oscura y lóbrega cloaca, mas tenebrosa que la caja en que estaban encerrados los soldados de plomo.

—¿Adónde voy arrastrado?—pensó entre sí nuestro héroe.—Apuesto á que esta es una treta de aquel pícaro de muñeco. Si á lo menos tuviese yo aquí á la señorita del castillo, vaya con Dios, entonces no me quejaría de esta oscuridad, ni aun cuando fuese mil veces mas oscura.

En esto salió un tremendo raton que vivía debajo del puente y le preguntó:

—¿Tienes pasaporte?

Pero el soldado se mantuvo silencioso y con su arma al hombro tan tieso como siempre.

El barco iba pasando y el raton siguiendo tras de él rechinando los dientes, mirándole con ojos furiosos, gritando:

—¡Atajadle, atajadle! No ha pagado su peaje ni enseñado su pasaporte.

Y la corriente iba en esto precipitándose mucho mas rápida, pues la canal de la cloaca era mucho mas pendiente. Tan aprisa se deslizaba que muy pronto el soldado comenzó á divisar á lo lejos un poco de claridad, que era la que entraba por la estrechidad del puente y luego oyó el soldado un estrépito espantoso, y cuando llegó al extremo del puente conoció que aquel ruido no era sino el que producía la corriente de la cloaca al derrumbarse en lo profundo del río que pasaba por los alrededores de la ciudad. Era una altísima catarata y hacia su caída navegaba que volaba el buque



Catarata de Felou.

de papel con su soldado de plomo. La vista era espantosa y la situación de nuestro navegante había ya llegado á su crisis. El peligro era inminente y grande. El mas valiente hubiera temblado al considerarlo. Al fin llega la embarcación al precipicio. Allí no hay escape: la corriente le arrastra; no hay quien le ataje; el naufragio es inevitable. Y aun así, ¡quién lo creyera! la impavidez del soldado era tal que nadie podía notar alteración en su cara, ni un gesto, ni un temblor; en una palabra, el héroe magnánimo, ni siquiera pestañeaba.

Y comenzó el buque á dar vueltas dos y tres y cuatro veces revuelto entre las cataratas que en arremolinadas olas se desplomaban, hasta que lleno de agua y empapado el papel por dentro y fuera se deshizo todo él dejando al pobre soldado sin embarcación que le protegiese, suelto y sumergido en tumultuosas olas. Y ¡cosa extraña! permanecía él con el arma al hombro, con su pierna tiesa y su bayoneta calada, y en medio de aquel peligro para el cual no había ya remedio humano, todo su pensamiento estaba únicamente fijo en la bella bailarina del castillo y como que en sus oídos nada mas resonaba que aquella antigua canción:

«¡Oh soldado! ¡qué anhelas mejor suerte?
De la gloria en el campo hallar la muerte.»

Y en esto el pobre cojo ¡pataplum! siéntese hundido en lo profundo del río... pero instantáneamente un pez voraz se lo engulle en un santiamén.

¡Oh! ¡Y qué tinieblas encontró dentro de aquel estómago cetáceo! ¡Qué eran en comparación de ellas las que oscurecían el paso por debajo del puente? ¡Y además qué sitio tan estrecho! Apenas cabía en él el cuerpo ténue y adelgazado de un soldado de plomo. Sin embargo fuerza era hacer de tripas corazón, y allí se acostó el mal parado militar navegante. ¡Mas, sea dicho en honor suyo, ni por un instante soltó su fusil ni dejó de mantenerse tan firme y estirado como si estuviese de centinela de honor en el salón de un monarca!

El pez comenzó á correr y á nadar y á dar vueltas y revueltas, cuando de repente se quedó quieto con grande asombro del engullido soldado, el cual comenzó otra vez á descubrir vislumbres de luz y luego una claridad perfecta. ¡Era la del sol! Y oyó una voz que exclamaba:

—¡Qué veo! ¡Este es ni mas ni menos el soldado de plomo!

En efecto, el pez había mordido un anzuelo, le llevaron pescado á la plaza, allí fué vendido y se encontraba ahora abierto de par en par en una cocina.

La cocinera cogió al soldado delicadamente con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, fué enseñándole como una curiosidad por toda la casa, y todos acudían á examinar á aquel asombroso viajero que había recorrido tantas aguas en el vientre de un pescado. ¡Pero el soldado no por esto se envanecía!

Colocáronle sobre una mesa, y entonces (para que se vea qué cosas tan raras suceden á veces por el mundo), el soldado de plomo se encontró precisamente en el mismo aposento desde cuya ventana había caído á la calle y vió á los mismos niños y á los mismos juguetes de la tarde anterior, y lo que es mas, vió el castillo y en él á la elegante bailarina! Todavía estaba sostenida en solo un pié y con el otro tan levantado como antes. También ella había sido constante é impertérrita. Esto conmovió tiernamente al militar y estuvo por derramar lágrimas de plomo, y hasta lo hubiera hecho á no haber sido por el temor de derretirse y además porque le pareció que el llanto desdecía de su valerosa profesión.

Entonces uno de los niños cogió al soldado; y de repente, sin qué ni para qué lo arrojó dentro de la estufa: ni dió razón alguna de este su antojo; lo cual prueba, que indudablemente andaba metido en el fondo de toda esta serie de lances el muñeco brujo de la tabaquera.

Ya dentro de la estufa sentía el soldado un calor que se abrasaba; pero si procedía este ardor del fuego verdadero ó del fuego de amor, es cosa que ni aun él mismo hubiera podido decidir. Ya no le quedaba color alguno en el cuerpo, bien fuese á causa de los raros percances que acababa de correr, ó tal vez por motivo de su dolor y abatimiento al ver que sus sueños de felicidad matrimonial se habían desvanecido como el humo. Miraba todavía á la bailarina, y la bailarina le miraba á él; y él sintió que se estaba derretiendo; pero aun así no soltaba su arma del brazo. De repente, ábrese la puerta del cuarto con grande estrépito; entra por ella una corriente poderosa de aire; la fuerza del viento coge á su paso á la bailarina de papel; se la lleva consigo á la estufa, y la ligera sílfide es allí consumida por las llamas en menos de un segundo. Desde aquel punto ya no hubo remedio para el enamorado soldado de plomo quien, no pudiendo resistir el espectáculo lastimoso que acababa de presenciarse, se derretió completamente; y cuando al siguiente día la criada fué á quitar las cenizas de la estufa, se le encontró allí cadáver en forma de corazoncito de plomo. De la bailarina ningún resto quedaba, sino la rosa de oropel, y aun ésta tan negra y requemada, que ni aun su dueña la reconociera si para ello llegase á resucitar.

TEATRO DE VARIEDADES.

Despues del *Camino de la Gloria*, comedia de mediano éxito, con que se inauguró este teatro en la presente temporada, *El Trapero de Madrid* es la que vino á darle algunas entradas, aunque como era de suponer, tampoco satisfizo las aspiraciones del público, por lo ya conocida.

A estas, ha seguido por algunos días *La Escuela de los maridos*, en que tanto se distingue el señor Arjona, y aunque nosotros somos de los que se dejan arrebatar por los triunfos que este distinguido actor alcanza en determinadas obras, por mas conocidas que estas sean, deploramos que no se apresure á estrenar las nuevas producciones con que cuente, porque la lánguida existencia que arrastran los teatros de verso en Madrid, en vista de la predilección con que el público favorece los de zarzuela, solo puede asegurarse por este medio, que el señor Arjona está llamado á adoptar por ser uno de los actores mas simpáticos.

Nos ocuparemos en otra ocasión de *La Historia de una carta*, cuyas representaciones comienzan.

Entretanto no omitiremos decir que en *La Escuela de los maridos*, no solo se distinguen Arjona y la Rodríguez sino también la dama joven doña Emilia Sanz, que interpreta muy bien el papel de Leonor y á quien á juzgar por sus excelentes dotes, auguramos brillantes triunfos en la difícil carrera que ha emprendido, en la cual sin duda alguna brillará como una de nuestras mas preciadas joyas.

A propósito de esta artista, añadiremos que no es, como algunos suponen, discípula del señor Arjona. Alumna del Conservatorio, bajo la dirección de don José de Luna, es una de sus aventajadas discípulas que, como la Hija, ha obtenido allí, antes de contratarse para el teatro, no pocos triunfos escénicos.

Palacio, quinta y coche Juan tenía
y todo se lo embargaron en un día.
De aquí, lector amigo, se deduce
que no siempre oro fué lo que reluce.

A. L. DE SABANDO.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.